

Cuentos

MARTHA FIGUEROA DE DUEÑAS

Un sábado sin luna.

Smirra formó una figurita con sus dedos y el vaho de su boca. A la cera virgen le incorporaba partículas de hostias consagradas y algunas gotas de los Santos Oleos, que se robaba de la iglesia. Le añadió también cabellos y uñas. La modeló con verdadera maestría a imagen de la persona asignada, y la vistió con la ropa que Jacinto le llevó.

En la noche del día dieciocho, de un sábado sin luna, en un lugar apartado, esperó a que dieran las doce para invocar a las potencias; tomó el retrato y se lo agregó al muñeco. Al conjurar gritó: yo os imploro grande y poderoso Nayday, maestro y señor de todos los espíritus, yo os imploro: ¡Oh Satanechia!, ¡Oh Neburos! yo os imploro, y ofrezco a esta joven, Niveve, que no halle tranquilidad, reposo, ni sosiego; que el malestar le llegue hasta la médula de los huesos, que no pueda permanecer quieta en ningún sitio, que al beber y comer se trastorne. Dignaos admitirla con agrado entre tus escogidas.

Smirra entregó el volt a Jacinto, diciendo que el trabajo estaba consagrado.

-Lo puede clavar, rasgar, amarrar, apretar, lo único que no puede es acercarla al fuego.

Niveve empezó a sentirse mal. A veces sangraba por el pecho, otras por la boca. Hubo veces que sus ojos llo-

raron sangre. Asistieron médicos y sacerdotes a verla, pero no encontraron motivos para su enfermedad. Vino también un brujo. Niveve cada vez estaba más bella. El dolor le daba tranquilidad.

Llegaron de todas partes, y de lugares distantes. Ella siempre los saludaba. No faltó quien le pidiera un favor y se lo concediera. La voz empezó a correrse: ¡Niveve hace milagros!, es una santa. Niveve sangra y su sangre es bendita. ¡Santa Niveve virgen!

Su familia la mostró ahora desde un balcón; pero la gente se subía por los árboles o llegaba en papalotes. La pusieron tras una ventana, y la rompieron; querían tocarla, llevarse su sangre.

Un día Niveve apareció en una caja de cristal rodeada de flores, cirios y veladoras.

¡Santa Niveve virgen!

Jacinto fue a ver a Smirra reclamándole por el hechizo:

-Te pedí dolor y le das sonrisa. Te pedí desprecio y la veneran.

-Recuerdas -le dijo Smirra- que podías hacerle todo lo que quisieras, menos acercarla al fuego. La fe es fuego, la gente es fuego. El amor es fuego.

Una historia de amor

Amado. Cuéntame una historia larga de muchas gentes.

¡No!

Cuéntame , una historia corta de ti. ❧